



POR UNA IGLESIA SINODAL: COMUNI3N, PARTICIPACI3N Y MISI3N

*S3ntesis de la participaci3n en la fase sinodal
Archidi3cesis de Toledo*



Archidi3cesis de Toledo



SÍNTESIS DE LA PARTICIPACIÓN EN LA FASE SINODAL ARCHIDIÓCESIS DE TOLEDO

I.- INTRODUCCIÓN: RELECTURA DE LA EXPERIENCIA SINODAL

1. Articulación de la fase diocesana

Para favorecer el diálogo y la reflexión en torno a las preguntas contenidas en el Documento preparatorio del Sínodo de los Obispos sobre la Sinodalidad en la Archidiócesis de Toledo hemos elaborado unos materiales de trabajo propios que, partiendo de un clima de oración en grupo y sobre la base de una introducción, iba centrando las diferentes cuestiones, cuya respuesta se debía enviar a la Comisión Diocesana del Sínodo, equipo de trabajo integrado por nuestro Obispo auxiliar, los Vicarios Episcopales de Laicos Familia y Vida, Vida Consagrada y Clero, dos laicos y una religiosa.

Dimos inicio a la fase sinodal con una Eucaristía en la que predominó la esperanza y la alegría de caminar juntos e ir avanzando hacia la construcción de una Iglesia sinodal. De igual manera, se propuso que cada parroquia iniciase este camino sinodal con una Asamblea, con el fin de que cada comunidad parroquial conociera y participara de una manera activa en los encuentros sinodales, con tiempos y espacios para la realización de la tarea encomendada.

La reflexión de los grupos sinodales se ha articulado partiendo de las diferentes guías de trabajo que se fueron remitiendo periódicamente a lo largo del curso para facilitar la reflexión sobre las preguntas que se nos han propuesto desde la subsecretaría del Sínodo de los Obispos. Hemos agrupado los núcleos temáticos en bloques de dos, siguiendo el orden establecido en el Documento Preparatorio, con el fin de ofrecer orientaciones concretas que facilitaran la participación de los distintos grupos sinodales en función de las circunstancias concretas y las dinámicas propias de cada parroquia. Estas preguntas nos han permitido de alguna manera caminar juntos con alegría, creando así un clima de oración, reflexión, participación y discernimiento. Ha sido una experiencia de encuentro con el Señor y entre los miembros de cada grupo sinodal.

La dinámica de trabajo ha sido la siguiente: cada encuentro sinodal se iniciaba con una oración, un canto y un texto evangélico relacionado con el tema a tratar y finalizaba con una oración; una vela encendida durante toda la reunión simbolizaba la luz del Espíritu Santo. Se motivaba y se presentaba lo que el documento de trabajo nos ofrecía en relación con los diferentes núcleos temáticos. Cada miembro del grupo iba exponiendo de manera libre sus respuestas. Cada grupo contaba con un moderador y un secretario. Al primero le correspondía guiar la reunión y procurar crear un clima que favoreciera el diálogo y la escucha. El segundo tomaba nota de las ideas y reflexiones. Luego se planteaba una sencilla síntesis antes de finalizar el encuentro.

En las parroquias en las que existieron varios grupos sinodales, se propuso poner en común las respectivas síntesis grupales, lo que ha permitido elaborar una síntesis parroquial de conjunto. En las parroquias donde los grupos eran más reducidos, cada grupo iba enviando directamente su síntesis.



Cada documento de trabajo contaba con su respectivo enlace con un sencillo formulario para cumplimentar. Todo esto ha facilitado la elaboración de esta síntesis que remitimos al equipo Sinodal de la Conferencia Episcopal Española, tal y como se nos pide desde la Subsecretaría para el Sínodo de los Obispos.

Junto con ello, se elaboraron materiales específicos para niños de catequesis y para jóvenes y adolescentes que han sido trabajados por algunos grupos, con resultados positivos.

2. Algunas dificultades en el camino

El camino recorrido no ha sido sencillo. Durante el mismo hemos encontrado diferentes dificultades que, de una manera u otra, han influido en el mismo y conviene por ello tener presentes.

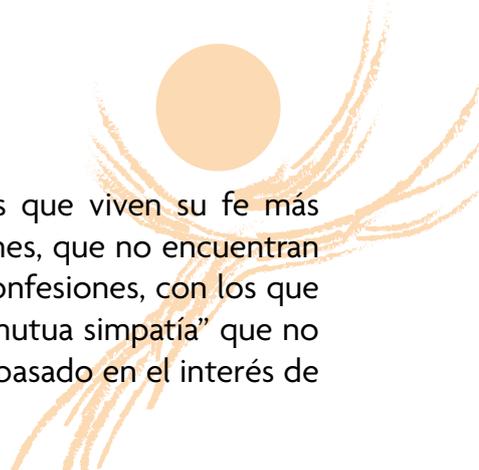
En primer lugar, aquellas que nos han venido dadas por la situación sanitaria y social del momento. Debido a las restricciones derivadas la pandemia, al principio fue complicado iniciar el trabajo en los grupos, que se fueron formando muy lentamente y con mucha reticencia a encontrarse de manera presencial. En algunas parroquias y movimientos las reuniones han sido telemáticas.

En segundo lugar, en el contexto social actual de desánimo y falta de valores, de alejamiento de la Iglesia incluso de los que “siempre están”, el concepto “sinodalidad” ha sido recibido como un tema novedoso pero desconocido e incierto en cuanto a su operatividad práctica, que no sabíamos muy bien cómo estructurar dentro de nuestro planteamiento pastoral diocesano y parroquial. Gracias a la implicación de la Comisión Diocesana Sinodal y la buena acogida en la mayoría de las parroquias, hemos vivido un proceso bonito, que nos ha brindado la oportunidad de compartir y aprender. No obstante, en algunas parroquias se ha recibido como un concepto extraño y difícil de comprender, lo que ha provocado un cierto rechazo, al interpretarse como una idea impuesta, y ha derivado en falta de compromiso, al considerarlo una carga añadida. El resultado ha sido la ausencia de grupos sinodales en el 45% de las parroquias, y la necesidad de reunificar grupos ante la “desaparición” de participantes según se avanzaba en la fase diocesana.

En tercer lugar, todos los grupos han coincidido en la dificultad que les ha supuesto entender las cuestiones planteadas por su carácter excesivamente genérico y por su densidad, así como el lenguaje usado para plantearlas. Esto ha provocado un cierto sentimiento de desánimo. En muchos casos los fieles han dependido de los sacerdotes para explicar aquello que se nos pedía, lo que nos ha hecho darnos cuenta de la falta de formación de los laicos, pero también de la necesidad de redoblar los esfuerzos para expresar ideas y conceptos eclesiales básicos de forma comprensible.

Este desánimo y falta de interés lo hemos observado igualmente en una minoría de sacerdotes, que han contagiado con su actitud pasiva a los fieles, provocando su alejamiento y dificultando la formación de grupos de trabajo.

Por último, aunque bien es cierto que se ha experimentado un leve acercamiento hacia quienes participan menos activamente de la vida de la iglesia la tónica común es que ha



resultado muy complicado llegar a ellos, especialmente a aquellos que viven su fe más como un acto cultural que por convencimiento personal; a los jóvenes, que no encuentran atractivo en las dinámicas que se proponen; y a los fieles de otras confesiones, con los que mayoritariamente no tenemos un diálogo abierto; se observa una “mutua simpatía” que no termina, sin embargo, de convertirse en un verdadero acercamiento basado en el interés de conocimiento y respeto mutuos.

3.- Signos de esperanza

Pese a estas dificultades, durante el proceso diocesano nos hemos encontrado con aspectos positivos, fruto del discernimiento inspirado por el Espíritu, que, en algún caso, nos ha sorprendido y alegrado. Podemos destacar en este sentido el hecho de que la participación en un grupo sinodal ha devuelto a los sacramentos a personas que se habían alejado de la Iglesia o ha animado al compromiso a otras.

Nos ha emocionado experimentar la alegría de sentirnos interpelados, escuchados y acompañados, dándonos la oportunidad de compartir nuestra fe, integrando en los mismos grupos personas de diferentes edades, procedencia social y realidad pastoral. Saber que todos tenemos algo que aportar ha ayudado a tomar conciencia de ser Iglesia, de hacer camino juntos, de que es positivo y necesario acercar posturas que den como resultado relaciones fuertes desde el ámbito de la fe. Los grupos sinodales que se han creado en nuestra Archidiócesis pueden servir como base para impulsar nuevos procesos y como cauce que los guíe e ilumine durante su desarrollo.

A pesar de las dificultades, este proceso sinodal ha tenido un impacto positivo en la Archidiócesis, especialmente en la vida de las parroquias que han participado activamente, que se han visto enriquecidas al conseguir establecer relaciones entre las diferentes realidades que, por el carácter de cada una, podían estar un poco distantes y entre las que existía un desconocimiento mutuo. Ha servido para establecer puentes de conexión y diálogo entre ellas, lo que ha supuesto, además, un refuerzo de la propia misión en cada vocación particular y un mejor conocimiento del resto de vocaciones, compartiendo con alegría la corresponsabilidad evangelizadora. Ser conscientes de que en toda la Archidiócesis se estaba trabajando de la misma manera ha reforzado el sentimiento de ser Iglesia. Gracias a esta unión, muchas personas que no hallaban su lugar o no vislumbraban su misión, han podido descubrirlo. En este aspecto han sido decisivos los sacerdotes, que se han encargado de animar e invitar a la participación de los laicos y los han acompañado durante todo el proceso, recordando que debemos partir del kerigma, del amor de Dios y dejarnos guiar por el Espíritu. En el caso particular de los fieles laicos, nos han ayudado a redescubrir nuestra vocación laical, a sabernos Iglesia y parte fundamental de ella, en la que debemos implicarnos y tomar iniciativas.

Como signo concreto de esperanza deseamos destacar el encuentro con políticos – creyentes y no creyentes– que tuvo lugar el pasado 18 de mayo. En él participaron unas 40 personas, que respondieron a una pregunta muy concreta: ¿Qué le pides a la Iglesia en el momento presente? Se creó un ambiente de diálogo sincero y respetuoso, que permitió hablar con libertad, coincidiendo en la necesidad de mantener ese tipo de foros para el



futuro. El encuentro fue valorado muy positivamente por los asistentes, quienes pidieron, en esencia, que seamos Iglesia, es decir, realización auténtica del proyecto de Dios para la salvación de los hombres y mujeres de hoy; que reflexionemos seriamente sobre cómo dar respuesta a los retos y desafíos que plantea el momento presente y acerca de cómo llegar a las personas, particularmente a los jóvenes; y que siga abriendo espacios de diálogo sobre cuestiones sociales relevantes, que ayuden a la construcción del bien común.

En cuanto a los próximos pasos, consideramos que es importante que este camino andado no se pierda, que permanezca firme en nuestras realidades. Nos ha servido como preparación e impulso para nuestro próximo sínodo diocesano.

Junto con ello, en lo concreto, algunas parroquias proponen celebrar una asamblea parroquial de final de la fase diocesana del Sínodo que sirva como cierre del trabajo realizado durante la misma. A nivel diocesano, celebraremos nuestra Asamblea final el próximo 4 de junio en Guadalupe; en ella presentaremos esta síntesis final.

La palabra “sinodalidad” expresa un modo de ser Iglesia, en la que todos los miembros del pueblo de Dios, desde la complementariedad de la vocación y en comunión, hemos participado de la misión evangelizadora, aportando y compartiendo dones y carismas con los que el Señor nos enriquece para bien de su Iglesia. A modo de conclusión, esta primera fase ha supuesto un momento de Gracia, un verdadero encuentro, un caminar juntos que nos ha llevado a profundizar en una gran pregunta ¿cómo se realiza hoy, a nivel diocesano, este caminar juntos que nos permite como Iglesia anunciar el Evangelio, y qué pasos nos invita a dar el Espíritu Santo para crecer como Iglesia sinodal? Este es el principal signo de esperanza que ha generado el proceso.

II.- ¿QUÉ NOS PIDE EL ESPÍRITU SANTO EN ESTA HORA DE LA IGLESIA Y DEL MUNDO?

1.- Pueblo de Dios en camino

Nos sentimos afortunados y privilegiados por ser creyentes, por haber descubierto al Señor y tratar de seguirlo en el seno de la Iglesia, sabiéndonos parte importante de la misma. Somos Pueblo de Dios en camino, cuyos miembros tratamos de vivir nuestra fe con fidelidad, desde la complementariedad de las vocaciones –sacerdocio, vida consagrada y vida laical– y en comunión con nuestros Pastores.

Valoramos mucho la importancia de la comunidad –especialmente de la comunidad parroquial– y la presencia de quienes comparten con nosotros el camino de la fe –familia, Parroquia, Diócesis, asociación, movimiento–, porque nos permite vivirla con más fuerza y de una manera más plena y auténtica. La oración y la celebración de los sacramentos, la formación, los espacios de participación para edificar la Iglesia nos fortalecen como cristianos y nos ayudan a cumplir con nuestra misión en el mundo, una misión a la que nos sabemos especialmente llamados por el bautismo y enviados por la Iglesia. En particular, la Parroquia se ve y se reivindica como núcleo de comunión de las diferentes realidades eclesiales y como espacio de encuentro y diálogo con las personas que habitan el territorio en el que se ubica.

2.- La necesidad de conversión

En el trabajo de los diez núcleos temáticos que hemos llevado a cabo durante la fase diocesana del Sínodo sobre la Sinodalidad han ido apareciendo, sin embargo, una serie de líneas-fuerza –reiteradas de un modo u otro– que apuntan hacia la necesidad de mejorar y que pueden sintetizarse a través de la siguiente fórmula: *necesitamos de la conversión personal y comunitaria para cumplir el fin de la Iglesia, que es evangelizar, porque es lo que el Señor nos pide y el mundo necesita.*

Son muchos los temas que nos preocupan a nivel de Iglesia y de sociedad. El relativismo, el sentido anticristiano de la vida, la ausencia de valores evangélicos; la crisis económica y la polarización política; el individualismo y el egoísmo; quienes sufren por causa de los pecados de miembros de la Iglesia; el alejamiento de adolescentes y jóvenes de nuestros templos y celebraciones; la ruptura de las familias... Vemos en ellos –y en muchos más– motivos de sufrimiento de nuestros hermanos y desafíos para nuestra fe y para nosotros mismos, que estamos llamados a hacerla presente en esos ámbitos. Sentimos, sin embargo, que la responsabilidad nos sobrepasa y predomina el miedo a abordarlos.

a) A nivel interno

A nivel interno, observamos graves carencias respecto de tres elementos fundamentales en nuestra vida de fe: formación para saber dar razones de nuestra esperanza; una más profunda vivencia de los sacramentos para aferrarnos al Señor; y un mayor protagonismo en el cumplimiento de la misión que tenemos encomendada como Iglesia. También se ve necesario potenciar la comunión entre los diferentes grupos: aunque los reconocemos como una riqueza, percibimos la necesidad de una mayor unidad y de un mejor conocimiento y comprensión mutuos y recíprocos.

Desarrollando estos tres aspectos, podemos señalar que la falta de formación es uno de los temas recurrentes. Detectamos nuestras lagunas formativas y vemos con claridad la necesidad de formarnos sobre los distintos aspectos de nuestra fe. Una formación incompleta y superficial hace que nos sintamos inseguros y rehuyamos el diálogo con otros hermanos en la fe, con miembros de otras confesiones religiosas y con no creyentes; también con quienes critican a la Iglesia, perdiendo así la oportunidad de compartir con ellos la belleza de la fe que profesamos. Junto con ello, nos impide comprender con mayor profundidad la vocación a la que estamos llamados y asumir el papel que se espera de nosotros en la Iglesia y en el mundo. La consecuencia derivada de lo uno y de lo otro es la pérdida de la presencia como creyentes en los espacios públicos. Paradójicamente, aunque somos conscientes de la importancia de la formación, detectamos al mismo tiempo falta de compromiso a la hora de formarnos.

En cuanto a la liturgia y la celebración de los sacramentos, valoramos su importancia, por su conexión directa con nuestro ser Iglesia, aunque somos conscientes de que muchos bautizados se quedan en lo superficial. Se insiste, por ello, en la necesidad de promover un mayor conocimiento del aspecto celebrativo de nuestra fe por parte de los laicos para impedir la ritualización y la clericalización de la liturgia y evitar así que nos convirtamos en meros consumidores de servicios religiosos. A tal fin nos puede ayudar organizar la preparación



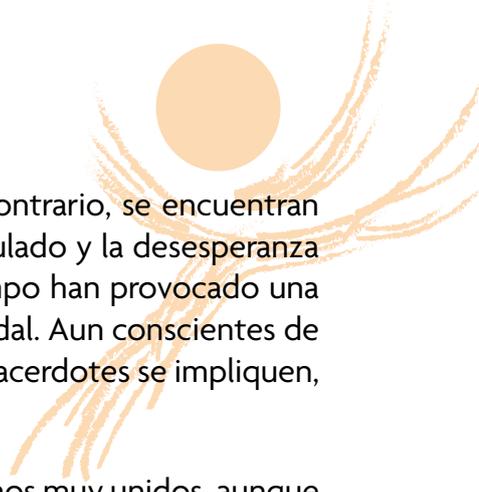
de la misma, romper con la tendencia a la rutina y promover la participación de todos. En particular, se valora positivamente la incipiente apuesta por instituir los ministerios laicales y dar mayor visibilidad a los roles que permiten a los laicos participar activamente de la liturgia. También se considera importante trabajar por conectar la liturgia con la vida.

Respecto de la misión, el gran reto que percibimos es que todos los bautizados descubramos que estamos llamados a comprender nuestra vida como misión y a asumir la evangelización como nuestra principal tarea en los distintos ámbitos en los que estamos presentes. El despliegue de la actividad evangelizadora conlleva la asunción de responsabilidades por parte de todo el Pueblo de Dios –ministros ordenados, miembros de la vida consagrada y fieles laicos–; sin embargo, estamos lejos de ese ideal, pues seguimos concibiendo la misión de la Iglesia como algo propio de la jerarquía, que, como mucho, delega algunas tareas. Junto con ello, a la hora de concretar, no pocos manifiestan que es demasiada responsabilidad para los laicos. En los casos en los que hay personas que han comprendido qué implica la corresponsabilidad en la misión de la Iglesia, se tiene la sensación de que somos los mismos en todo, es decir, que resulta imprescindible diversificar la distribución de tareas, servicios y encargos y que hemos de hacer todo lo posible para que otros se sumen, rompiendo la comodidad, el miedo y la falta de compromiso. Se ve la pertenencia a un grupo de referencia como instrumento útil para promover la corresponsabilidad, señalándose los equipos de vida como la base fundamental del apoyo de la comunidad a sus miembros que sirven a la sociedad de distintas maneras.

En este sentido, se percibe con fuerza la necesidad del acompañamiento en el cumplimiento de la misión concreta que cada uno tenga encomendada, algo que se echa en falta en no pocas ocasiones. La voz de nuestros Pastores en este ámbito se considera imprescindible: necesitamos que ofrezcan luz y orientaciones concretas sobre ese compromiso, que lo alienten y apoyen, con gestos concretos. También se reclama una mayor transparencia en los asuntos que nos conciernen a todos, no sólo en lo meramente económico, donde se hace una extraordinaria labor, sino también en todo lo demás. Se propone como sugerencia que se haga uso de las Asambleas como espacios de rendición de cuentas en los que presentar el estado de situación de la Parroquia y para valorar posibles pasos de futuro, así como favorecer que todos los miembros de la Parroquia tengan acceso a lo tratado en los Consejos Pastorales allí donde existen.

Por último, valoramos positivamente la diversidad de carismas y la pluralidad de grupos, asociaciones y movimientos. Sin embargo, creemos preciso ofrecer espacios de encuentro y diálogo que nos permitan conocernos y crecer en comunión. Se destacan algunos de los existentes (a nivel parroquial, arciprestal y diocesano), pero se insiste en la necesidad de fomentar el diálogo entre nuestros grupos. Experiencias como la del trabajo conjunto en esta fase diocesana de preparación del Sínodo de los Obispos, sin duda, contribuyen eficazmente a crear esa conciencia de caminar juntos.

En cuanto a las distintas vocaciones, apreciamos la entrega total y sin reservas de los sacerdotes, pastores de la comunidad. En los grupos sinodales, ha habido un reconocimiento del trabajo de los sacerdotes, pidiendo que ejerzan el liderazgo pastoral que les corresponde, sin dejar de sentirse miembros de la misma comunidad, interactuando con todos, quienes



forman parte de la misma de manera más activa y quienes, por el contrario, se encuentran más alejados. En ese sentido, debe reconocerse que el trabajo acumulado y la desesperanza por las duras condiciones en que se ejerce el ministerio en este tiempo han provocado una desconexión de una parte de nuestros sacerdotes con el trabajo sinodal. Aun conscientes de ello, desde los grupos sinodales se insiste en la necesidad de que los sacerdotes se impliquen, animen y alienten la vivencia de la sinodalidad.

Estimamos a nuestros hermanos consagrados, a quienes nos sentimos muy unidos, aunque somos conscientes de que en ocasiones quedan relegados a un segundo plano y su presencia, vocación y misión nos pasan desapercibidas.

Los laicos se perciben como parte importante del Pueblo de Dios, si bien observamos que la inmensa mayoría de los bautizados no han descubierto ni comprendido la vocación laical recibida por el Bautismo. Echamos de menos, desde esta perspectiva, un mayor acompañamiento por parte de nuestros pastores en este camino de descubrimiento de nuestra vocación y en el cumplimiento de nuestra misión en el mundo.

b) A nivel externo

A nivel externo, comprendemos que hemos de lograr situar la evangelización en el centro de nuestras acciones personales y comunitarias. Derivado de ello, hemos de favorecer una mayor presencia pública transformadora de la realidad y la caridad ha de ser nuestro principal signo como creyentes. Comprendemos que no podemos ser cristianos sin estar junto a los hombres y mujeres de hoy, a quienes hemos de dar a conocer a Cristo. Y no podemos dar a conocer a Cristo si no somos capaces de mostrar el rostro misericordioso del Padre.

Desde esta perspectiva, detectamos que acompañamos y nos sentimos acompañados por las personas con las que tenemos algún tipo de vínculo, sobre todo por razón de fe: miembros de nuestros grupos de referencia, hermanos de la Parroquia con los que coincidimos con cierta frecuencia, miembros de nuestra asociación o movimiento...; en definitiva, aquellos con quienes compartimos vida de un modo u otro; sin embargo, nos cuesta más entablar relación con personas más alejadas de nosotros, aun cuando las percibamos teóricamente como miembros de la comunidad o sepamos que estamos llamados especialmente a tenerlas presentes.

Efectivamente, existe coincidencia al identificar una serie de espacios y de colectivos de personas que hemos de cuidar especialmente en nuestras acciones pastorales y en nuestro día a día como creyentes: acercándonos a ellos, acompañándolos, escuchándolos y entrando en diálogo. En general, no excluimos a nadie; pero no llegamos a muchas personas sencillamente porque estamos lejos de ellas. Más en concreto, tenemos la sensación de haber abandonado espacios públicos como la política, el arte y la cultura, el deporte, los medios de comunicación, la religiosidad popular...; también a personas concretas, como aquellas socialmente excluidas, quienes han sido heridos por nuestros pecados, los bautizados no practicantes, los decepcionados con la Iglesia, los no creyentes o, dentro de nuestras comunidades, los niños y jóvenes, los ancianos, las personas con discapacidad, los inmigrantes, las personas LGTBI, los divorciados, los enfermos, quienes se han alejado por el Covid... Se percibe una fuerte



llamada no solo para no dejarles al margen del camino, sino a acercarnos a ellos como Iglesia para escucharles, acompañarles y mostrarles, desde la caridad, la belleza de la fe. Sin embargo, predomina la sensación de que carecemos de medios para llegar a quienes no quieren venir.

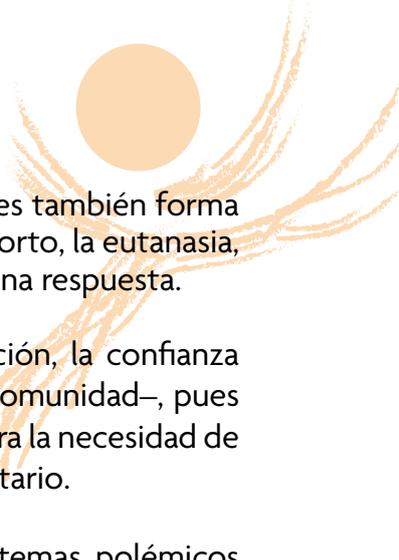
Uno de los espacios sobre los que hemos reflexionado más detenidamente ha sido el relativo a los medios de comunicación, de cuya importancia somos conscientes – tanto de los medios convencionales, como también de las redes sociales e internet–. En este sentido, se ha destacado de una manera especial el esfuerzo realizado por muchos sacerdotes, sobre todo en tiempo de pandemia, por hacerse presentes en este sexto continente. Se valora en concreto el trabajo de los medios de comunicación diocesanos, pero se pide un más y mejor aprovechamiento de los mismos como espacio generador de buenas noticias y transmisor de fe, con mayor participación de todos y con una programación más conectada con las necesidades que estamos detectando.

Tenemos poca experiencia de escucha. Atendemos más al ruido que la palabra de quien precisa de nosotros y quiere hablarnos. Nos falta el silencio necesario para escuchar, nos quedamos en los lugares comunes o los prejuicios existentes respecto del colectivo y no entramos en diálogo con la persona por miedo, respetos humanos, inseguridad, temor al conflicto ...; también por nuestra propia tendencia al aislamiento y al individualismo y por lo que nos cuesta comprometernos. Oímos mucho, escuchamos poco y filtramos demasiado. Vemos más que escuchamos y eso marca nuestra forma de aproximarnos a esos espacios y colectivos; nuestra escucha está marcada en ocasiones por los estereotipos y los prejuicios. A veces, percibimos una brecha insalvable entre Iglesia y sociedad. Reconocemos que la oración ha de ser la premisa de la escucha y que hemos de escuchar más la Palabra de Dios para saber escuchar mejor a la sociedad.

El diálogo con hermanos de otras confesiones religiosas es escaso, aunque se considera generalmente que puede resultar interesante y ayudarnos a descubrir lugares de encuentro y a fortalecer nuestra propia fe, y se sugiere la promoción de acciones conjuntas que nos ayuden a conocernos y a compartir iniciativas. En este sentido se pone en valor la presencia y el trabajo de Cáritas Diocesana y las Cáritas Parroquiales como experiencia de diálogo y colaboración con creyentes de otras religiones. En el mismo sentido, nos cuesta mucho hablar de nuestra fe con quienes no creen o están alejados de ella. La falta de fervor, la poca valentía, el temor a equivocarse, las carencias formativas.... Se pide por ello una mayor claridad por parte de nuestros pastores a la hora de ofrecer luz desde la fe y la doctrina de la Iglesia sobre temas de actualidad. También la creación de espacios de diálogo que nos permitan encontrarnos, escucharnos, intercambiar reflexiones y visiones, desde el respeto.

Sentimos, por ello, que hemos de salir de nosotros mismos y de nuestras comunidades y romper con la autorreferencialidad; no esperar a que se acerquen otros, sino acercarnos nosotros a ellos, ser auténtica Iglesia en salida. También vemos necesario, desde esta perspectiva, abrir nuestras Parroquias y ofrecer en ellas espacios de acogida.

Promover una cultura del encuentro, en el seno de una sociedad polarizada y dividida, es parte de nuestra misión, aunque la visión que el mundo actual tiene de la Iglesia nos desalienta y nos provoca un cierto rechazo a la hora de abordar la tarea de dialogar. Se ve necesario, en este sentido, poner en marcha una “pedagogía del acercamiento” para poder conocer, comprender, escuchar, dialogar y, en definitiva, caminar juntos.



Estar presentes en el mundo y ayudar a resolver los problemas existentes también forma parte de nuestra misión como creyentes. Cuestiones candentes como el aborto, la eutanasia, el suicidio, los abusos, la violencia o la guerra, nos interpelan y nos exigen una respuesta.

Para reaccionar frente a estas carencias se invoca el poder de la oración, la confianza en el Espíritu y la fuerza de los sacramentos –todo ello, en el seno de la comunidad–, pues tenemos experiencia de que son instrumentos eficaces. También se vislumbra la necesidad de ofrecer un mayor espacio para el discernimiento, a nivel personal y comunitario.

En este contexto, se reclama con fuerza la necesidad de hablar de temas polémicos (abusos sexuales, celibato sacerdotal, recepción de los sacramentos por divorciados...), no para modificar la doctrina de la Iglesia al respecto, sino sencillamente para conocer mejor el planteamiento desde la fe y, en su caso, lo que inspira el Espíritu.

La escucha, sin embargo, no ha de exigirse solo frente a los que se encuentran fuera de nuestras estructuras y alejados de nuestras comunidades; ha de afectar también a quienes nos sentimos parte activa de la Iglesia. Aunque existen espacios de diálogo, predomina la sensación de que en ocasiones son poco útiles. Muchas veces nuestros órganos sinodales (Consejo Pastoral Parroquial, Consejo Pastoral Diocesano, Consejo Presbiteral...) son más informativos que participativos. Además, se destaca particularmente la conveniencia de profesionalizar el gobierno de los asuntos de Iglesia en relación con aquellos aspectos que, por su propia naturaleza, necesiten de personas especialmente formadas para la toma de decisiones en ese ámbito. Esta conexión entre cómo escuchamos y decidimos dentro –en la Iglesia– para concretar cómo nos expresamos y actuamos fuera –en la sociedad– es fundamental.

c) La importancia de la sinodalidad y la fuerza del discernimiento

Dos claves horizontales aparecen de forma reiterada en las respuestas de los grupos: la importancia de la sinodalidad y la fuerza del discernimiento. Una y otro nos ayudan a ser Iglesia fiel al Espíritu.

Estamos, sin embargo, comenzando a descubrirlos y ponerlos en práctica a nivel personal y en nuestras comunidades de referencia. No en vano, se sigue considerando en no poca medida que es el párroco el llamado a discernir sobre qué conviene y qué no en la comunidad, quedando reservado el discernimiento, en el caso de los seglares, para los asuntos personales; sencillamente, se ve como cosa de pastores. No hay experiencia profunda de discernimiento comunitario, aunque en el caso de los consejos parroquiales que mejor funcionan sí se valora positivamente que exista espacio para dialogar, reflexionar, compartir y rezar antes de decidir. Se destaca, por ello, la importancia de formar laicos en el acompañamiento espiritual y la necesidad de potenciar los equipos de vida como espacios de discernimiento.

Desde la perspectiva de la sinodalidad, se reconoce el avance que se ha producido con el Concilio Vaticano II con relación a la mayor corresponsabilidad de los laicos en la vida y misión de la Iglesia. Se comparte la visión de la autoridad como servicio en manos de la jerarquía, pero se echa en falta una mayor participación laical en la toma de decisiones, que sigue viéndose con cierto recelo. Se ofrece una doble explicación por quienes han profundizado más en esta cuestión: de un lado, un cierto clericalismo persistente, que concibe al pastor como medida



de todas las cosas; de otro, una clara comodidad por parte de los fieles laicos, para quienes es más fácil dejar que sea el sacerdote quien decida y actúe, porque compromete menos.

En cualquier caso, a la hora de adoptar decisiones se insiste en la importancia de la oración y la invocación al Espíritu: no basta la participación por la participación, sino que ha de ser una participación formada, discernida, dialogada y basada en la escucha recíproca.

No obstante, llama la atención el hecho de que en muchos casos o no existen los órganos que recomienda el Derecho Canónico o se desconoce cómo operan y a qué se dedican. También se ha puesto de manifiesto su escasa funcionalidad en algunos supuestos. Por el contrario, allí donde se valora positivamente su existencia se percibe este órgano como un espacio de encuentro, discernimiento y sinodalidad que ayuda al gobierno de la comunidad.

El Sínodo de los Obispos sobre la sinodalidad se ha mostrado, más allá de aspectos susceptibles de mejora (en particular, las preguntas se han valorado imprecisas, poco concretas, difíciles de responder), como una oportunidad para aprender a escuchar y para (re)descubrir nuestro deber de participar en la edificación de la Iglesia. Hemos abierto con esta experiencia espacios de diálogo que no existían en nuestras comunidades. Pedimos que tenga continuidad para seguir profundizando en la sinodalidad como modo de ser y actuar de la Iglesia.

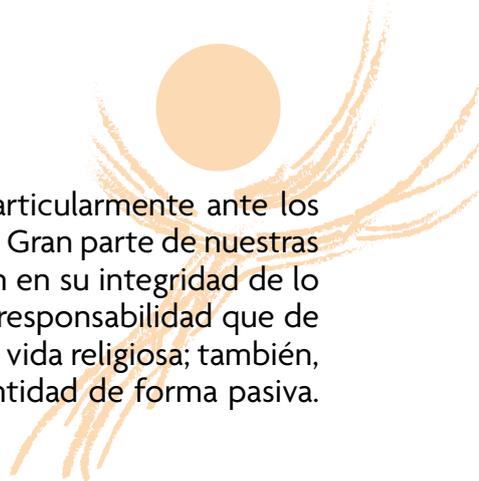
III.- A MODO DE CONCLUSIÓN: PRÓXIMOS PASOS

Después de nuestra participación como Archidiócesis de Toledo en esta fase de preparación a la XXIII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos convocada para Octubre de 2023, podríamos decir que el impacto que ha tenido en nuestra Iglesia ha sido muy positivo.

El proceso no ha estado exento de dificultades: no hemos llegado con carácter general a quienes no participan activamente de la vida de la Iglesia; la implicación de los jóvenes ha sido más bien baja, aunque se les ha tenido presentes y se ha querido contar con ellos; ni siquiera esta oportunidad nos ha permitido en algunos casos recuperar grupos que estaban en marcha antes de la pandemia. Junto con ello, se puede observar cómo la participación ha disminuido progresivamente a lo largo del proceso.

No obstante lo anterior, ha de señalarse que la experiencia ha sido valorada muy positivamente por quienes han participado activamente en ella. Aunque se considera que es pronto aún para determinar con precisión el impacto del proceso en nuestras comunidades, sí puede detectarse, sobre todo en los fieles laicos, una patente ilusión por abrir espacios de sinodalidad, por sentirse escuchados por la Iglesia, por poder contribuir a su edificación. Este proceso nos ha sacado de nuestra comodidad, ha supuesto un impulso para conocer otras realidades presentes en nuestras parroquias y ha implicado a personas que, aunque viven su fe, no están habituadas a este tipo de encuentros compartidos. En definitiva, podemos afirmar que, allí donde se ha trabajado, está dando frutos; no en vano, la inmensa mayoría de los grupos pone de manifiesto el bien personal y comunitario que han supuesto estos encuentros sinodales y la necesidad de que continúen en el futuro.

Más en concreto, resulta preciso reflexionar pausadamente sobre tres aspectos fundamentales: cómo presentamos las tres formas de vivir la llamada universal a la santidad –y, en concreto, la vocación laical–; cómo nos formamos en nuestra fe y administramos y vivimos



los sacramentos; y cómo enfrentamos la presencia en el mundo, particularmente ante los temas más candentes o que precisan de una respuesta a la luz de la fe. Gran parte de nuestras carencias están directamente relacionadas con la falta de comprensión en su integridad de lo que significa ser cristiano, discípulo de Cristo, y la no asunción de la responsabilidad que de ello se deriva. Nos preocupa la falta de vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa; también, desde otra perspectiva, que los fieles laicos vivan su llamada a la santidad de forma pasiva. Hemos de iniciar procesos para dar respuesta a estas necesidades.

Junto con ello, hemos de enfrentar otra realidad: la autorreferencialidad a nivel de grupo y de parroquia. Se ha valorado muy positivamente la participación en grupo en la fase diocesana del sínodo por el hecho de dialogar, intercambiar experiencias, puntos de vista, vivencias. Compartir la fe en pequeña comunidad enriquece. Sin embargo, nos cuesta abrir esos grupos –y la comunidad parroquial en general– a nuevos miembros, pensar y vivir la comunidad no para nosotros mismos, sino para quienes no forman parte de ella. Abrir y abrirnos a los demás es necesario.

A nivel diocesano el proceso tendrá continuidad de dos formas: de un lado, por medio del sínodo diocesano que dará comienzo en el año 2024 y para el que nos estamos preparando con una propuesta pastoral presinodal que nos está llevando a reflexionar sobre las tres vocaciones –vocación sacerdotal, vocación a la vida consagrada y vocación laical–; de otro, asumiendo la propuesta de la Conferencia Episcopal Española para trabajar el poscongreso de Laicos.

A nivel de Iglesia universal estaremos atentos a las propuestas que lleguen desde el Sínodo de los Obispos y el proceso abierto con motivo del mismo. Más allá de ello, sin embargo, resulta evidente que abordar algunas de las carencias detectadas e incorporadas a esta síntesis excede del ámbito parroquial y diocesano y exige un ejercicio de discernimiento de toda la Iglesia no limitado a cómo participamos, sino a cómo somos Iglesia cada uno de los bautizados.

En las Parroquias, más allá de las propuestas diocesanas, también se están valorando pasos concretos para aprovechar las inercias y sinergias generadas en una doble línea: creación y potenciación de los órganos sinodales (en particular, de los Consejos Parroquiales) y apertura de procesos formativos que impliquen a todos los grupos de forma compartida.

A la vez que manifestamos, junto con nuestros Pastores, nuestro compromiso por dar respuesta a los retos que nos ha permitido vislumbrar el Espíritu, pedimos al Señor luz para cumplir su voluntad.